

ña. El bravo revolucionario pudo burlar la vigilancia de los agentes franceses y entró en su patria á cumplir el compromiso contraído, acompañado fielmente de una docena de hombres animosos, que constituyeron la base de una fuerte columna de cerca de mil combatientes entre paisanos, soldados de línea y carabineros, con los cuales hizo alto el día 22 en Linás de Marcuello, donde tuvo efecto la acción en que murió el general Manso, y que ha reseñado el Sr. García Ruiz en los siguientes párrafos:

«Sería la una de la tarde del 22 (Agosto de 1867) cuando Pierrad recibió el aviso, por sus avanzadas, de que una de las varias columnas que el gobierno había mandado en su persecución se encontraba cerca del pueblo, compuesta del batallón cazadores de Ciudad-Rodrigo, alguna guardia civil y una fuerte sección de caballería. Tan cerca se hallaba el enemigo, que Pierrad no tuvo más que el tiempo preciso para que se formasen á la salida del pueblo tres líneas con la mitad de la fuerza, dando las órdenes convenientes para que la otra mitad se formase y acudiera lo más pronto posible, como así se verificó, á reforzar aquellas, á fin de batir fácilmente al enemigo, que traía á su frente al bravo general Manso de Zúñiga. Rompióse el fuego por ambas partes, y ocurriendo en las gentes de Pierrad un accidente que Manso de Zúñiga interpretó prudentemente como una huida de los liberales, este acometió con intrepidez al frente de la caballería y seguido de la infantería, cuando al instante se encontró con la segunda línea y luego con la tercera, las que haciendo un fuego nutrido y certero, le hirieron de muerte, ocasionándole además doce ó catorce muertos y veintitantos heridos. La caída de Manso de Zúñiga de su caballo produjo un efecto moral terrible en la columna, en términos que la desconcertó totalmente, y si bien sostuvo el fuego después de ver muerto al jefe durante dos ó tres horas, lo hizo ya sin orden ni concierto, para al fin pronunciarse en retirada, abandonando sus heridos al enemigo. Si Pierrad tiene una sección de caballería, es seguro que hace prisionera á toda la columna de Manso; pero como no la tenía, no pudo perseguirla en su retirada. La victoria quedó, pues, por el general Pierrad, quien desde el día de ella pudo ya llevar con gloria y escribir en su hoja de servicios el título de vencedor de Linás: este título le costó dos heridas en una pierna y costó á su fuerza la muerte del bravo oficial de carabineros D. Francisco Albayá y la de ocho individuos de tropa y paisanos, y además doce ó trece heridos.

»Pero ¡oh desdichada suerte de la Revolución! aun no se había triunfado, y el que sería á las tres horas vencedor, podía contarse vencido. Al empezar la acción, el general Manso de Zúñiga observó en el enemigo un extraño movimiento, que le hizo arrojar, según dejamos expuesto, intrépidamente contra él. ¡Era porque, en aquel instante solemne, cuando todo combatiente debía sentirse entusiasmado para dar su vida por la libertad ó conquistarla

al precio de su sangre, un teniente capitán de los emigrados que procedente de París había entrado con Moriones en Aragón, fuese por mala inteligencia (que no comprenderíamos), ó fuese por un miedo (que no habría palabras bastante duras para calificar), da la señal de la deserción á toda la gente que mandaba, y echando á correr, en vez de hacer fuego, arrastra tras sí á unos 150 carabineros, que ya se llamaban á engaño antes de arribar á Linás, y á otros cien paisanos que tampoco veían claro, porque en los ocho días transcurridos desde su alzamiento, ni tenían noticia de la entrada de Prim en España, ni del pronunciamiento de una sola ciudad. Los 250 hombres y más que siguieron el ejemplo del teniente se dispersaron para entregarse al gobierno, ménos unos pocos que con aquel ganaron el territorio francés.

»La columna de Pierrad se vió reducida, después de la victoria, á unos 400 hombres, y cuando todos se contaron y vieron que eran muchísimos ménos que antes de vencer, se consideraron vencidos, y con esto entró el desaliento y luego la desorganización, que disolvió la columna como si ésta hubiese sido de humo. ¡Triste suerte, volvemos á decir, de la Revolución! ¡Desventura inmensa la de la España liberal! Al revés de la Italia que, vencida por tierra en Custoza y por mar en Lysa, gana el Véneto y se constituye en nación libre de veinticinco millones de habitantes, y se coloca en disposición de ir hoy ó mañana sobre Roma, la España liberal vence en Linás, y en el acto mismo de la victoria se encuentra derrotada, y, lo que es peor, impotente. Que no se dé la deserción que se dió, y Pierrad marcha sobre Huesca y luego sobre Zaragoza, que le abre sus puertas de par en par.

»Ninguna ventaja, absolutamente ninguna, proporcionó á la causa de la libertad el triunfo de Linás, que debió ser como la chispa eléctrica preparada para producir un inmenso incendio.»

La acción de Linás de Marcuello fué el hecho más notable del movimiento de Agosto de 1867, pues nada pudo hacerse en Cataluña, viéndose precisados todos los sublevados á internarse de nuevo en el extranjero. Béjar quiso secundar el movimiento, pero hallándose aislados los insurrectos, se disolvieron sin que hubiera que lamentar desgracia alguna.

En aquellas circunstancias, amigos y enemigos de la Revolución dirigieron fuertes censuras contra el general Prim, y durante muchos días, mientras unos esperaban á cada instante verle aparecer en España para dar impulso y dirigir el movimiento, que nadie creía dominado, las palabras de traición y cobardía se oían por todas partes. A estas injustas acusaciones contestó el mismo general Prim con un manifiesto, publicado en Ginebra el 25 de Setiembre, del cual es justo y necesario copiar los siguientes párrafos:

«Algún día se escribirá la historia de estos tres últimos años. Algún día la publicarán la prensa y

la tribuna españolas; y entonces verá la nacion, y entonces conocerá el mundo los generosos móviles que impulsaron mi conducta, los inmensos sacrificios que, en union de un corto número de amigos, he tenido que hacer, la seguridad con que debía contar, dentro de los cálculos humanos, en todos los movimientos que he querido llevar á cabo. Entonces conocerá la Europa los indignos medios á que se ha acudido para vencernos. Entonces sabrá la España los nombres de los egoistas que han neutralizado nuestros esfuerzos; los nombres de los desertores que han abandonado á sus compañeros; los nombres de los cobardes que han faltado, en los momentos supremos, á sus compromisos. Me basta hoy consignar mi admiracion á los valientes que han hecho esfuerzos heroicos por conquistar la libertad de su patria. Me basta manifestar mi sentimiento, mi profunda pena, por no haber podido tomar parte en el último combate.

»No me importa que crean mis enemigos que me ha abandonado el valor que he desplegado en toda mi vida militar, la paciencia de que he dado pruebas en mi larga carrera política, ni la resolucion revolucionaria que procuré tener en Valencia y Pamplona primero, en Aranjuez y Villarejo despues. Lo que hice en Castillejos por la patria, lo hubiera hecho en Cataluña por la libertad. Lo que hice en Méjico por salvar la honra de España, lo hubiera repetido en Madrid por levantarla del estado de postracion y abatimiento en que se encuentra.

»No tengo yo la culpa de que habiendo salido el 7 de Bruselas, estando fijado el del movimiento para el 15, y habiendo atravesado la Francia para embarcarme en uno de sus puertos, y tocado en las costas de Africa, y estado á las puertas de una de nuestras más importantes ciudades durante cuarenta y ocho horas, faltaran á su palabra los hombres del ejército comprometidos, suficientes en número y colocados en posicion para haber decidido del movimiento en el resto de España. No tengo yo la culpa de que habiendo tenido que retroceder á Marsella el dia 20, y habiendo llegado á la frontera catalana el 22, me encontrara con las fuerzas del gobierno en vez de hallar las que allí me tenian que esperar. No tengo yo la culpa de que á los amigos del campo de Tarragona, Barcelona y Lérida les fuera imposible subir á buscarme, como teniamos convenido, en la hipótesis de que pudiera suceder lo que sucedió. No tengo yo la culpa de que, á pesar de mis esfuerzos y los de los dignos amigos que me acompañaron durante doce dias (hasta el 4 de Setiembre), no nos fuera posible hacernos con un pequeño número de hombres que pudieran acompañarnos para intentar nuestra reunion con los valientes de Barcelona y Tarragona, atravesando las cuarenta leguas de distancia que nos separaban de ellos. Quede consignado esto para honra de los que, entrando en España, se encontraron con que lo prometido en las provincias de Gerona y Lérida no se cumpliera. Quede consignado esto para gloria de los valientes á quienes hubiera agrado más salir á buscar á su general, que resistir á las numerosísimas fuerzas que los acosaban. Quede consignado tambien para vergüenza de los

militares que faltaron á su palabra, para oprobio de los hombres que prometieron en la frontera lo que luego no cumplieron.»

La Revolucion fué dominada, y es justo dejar consignado que el gobierno no hizo derramamiento de sangre, si bien se aumentó la persecucion contra los liberales, principalmente en las provincias de Lérida y Tarragona, donde mandaba, como comandante general de ambas provincias, el mariscal de campo don Rafael Izquierdo. El exagerado sistema de represion adoptado por este general ofrece pocos ejemplos en la historia de nuestras contiendas civiles; y tal fué su manía de prender y deportar, que hoy todavía recuerdan los vecinos de aquellos pueblos la triste situacion á que se veian reducidos los que tenian la desgracia de llamarse liberales ó de tener amigos que lo fueran, aunque estuviese probado que eran incapaces de tomar parte en luchas armadas ni aun en pacíficas contiendas.

Dos meses despues ocurrió en esta desventurada nacion una de esas desgracias que hacen época en la historia de los pueblos y que habia de ejercer poderosa influencia en la política española.

Ya en otra ocasion hemos lamentado esta desgracia, en nuestro concepto irreparable.

El capitán general de los ejércitos D. Leopoldo O'Donnell; el ilustre vencedor de Marruecos; el jefe de la fraccion puritana que llegó á constituirse por su iniciativa en el gran partido llamado de *union liberal*; el distinguido estadista que habia logrado cerrar en España el período constitucional; el valioso hombre público que en medio de errores más ó menos disculpables habia dado dias de gloria á la patria, falleció en Biarritz el mes de Noviembre de 1867, víctima de una penosa enfermedad que le condujo al sepulcro en pocos dias.

Nosotros, que no hemos militado en las filas de la union liberal; que, aunque en limitadísima esfera, la hemos censurado cuando se hallaba en toda la plenitud de su poder, y que en el curso de nuestra reseña histórica la hemos de censurar por actos que nunca hubiera consentido el general O'Donnell, hemos sentido, como el que más, la muerte de tan ilustre patricio, y aumenta nuestra pena el no haber visto que haya sido reemplazado dignamente entre los hombres que con más ó menos fortuna se agitan en el campo de la política. Verdad es que no siempre se encuentran, en quien aspira á regir los destinos de un país tan trabajado por mezquinas luchas, hombres del temple de alma, de la energía de carácter, de la prudente reserva y de la elevacion de espíritu que, entre otras cualida-

des, adornaban al duque de Tetuan, al animoso caudillo de la guerra de Africa.

XXV.

La muerte del general O'Donnell varió por completo el modo de ser del partido que le reconocia como único jefe, y fué causa de que se reforzaran las huestes de la *Revolucion antidinástica*, producida por los errores de los partidos y la ambicion de los hombres políticos.

Desde que en Julio de 1866 el bando moderado reemplazó á la union liberal en los consejos de la Corona, muchos hombres de este último partido declararon que no se podia gobernar con Isabel II. Algunos llegaron á proponer que el partido se manifestase en abierta hostilidad contra la dinastía; pero ni esta opinion halló entonces eco en la mayoría, ni el general O'Donnell, que hubiera podido arrastrarla á una decision tan injustificada, se prestó á conspirar contra su reina.

No somos amigos ni enemigos de la union liberal, á cuyo partido no hemos escatimado elogios cuando en nuestro concepto han sido justificados; pero creemos tambien que allí donde empieza su deslealtad con la reina, que habia multiplicado gracias sin cuento á los hombres que formaban aquella agrupacion política, allí empieza tambien su decadencia y su prestigio.

No somos tampoco amigos ni enemigos de la señora que ocupaba el trono de España, ni hemos pertenecido ni pensamos pertenecer al partido que reemplazó en 1866 á la union liberal; pero tenemos el deber de juzgar los hechos con completa imparcialidad, deber que nos es fácil cumplir porque no pertenecemos á ninguno de los muchos partidos que dividen á nuestra querida España.

El partido progresista ha sido en nuestro concepto injusto combatiendo á Isabel II por haberle tenido alejado del poder, siendo así que es la culpa principalmente de los moderados y unionistas, y que no tienen escasa culpa los mismos progresistas que conspiraron contra el general Espartero; contra el hombre modelo de lealtad, de virtudes y de valor; contra el genuino representante y legítimo jefe del partido liberal; contra el ilustre caudillo de la guerra civil, sin el cual el bando progresista no podrá realizar en el poder su mision civilizadora, por más que opinen lo contrario los adoradores del Dios Éxito y los apologistas de Olózaga y demás coaligados de 1843, época fatal en nuestra historia patria, porque en el hecho que la recuerda es-

tá la causa, el fundamento de nuestros males. Pero la actitud rebelde del partido progresista puede justificarse, porque es lo cierto que habia estado separado de la direccion de los negocios públicos veinticinco años, mientras que han monopolizado el poder durante once años los moderados, y despues cortos intervalos los unionistas.

Lo que no tiene justificacion plausible es que la union liberal, despues de haber estado dominando al país desde 1854 casi constantemente, recibiendo pródigas mercedes todos y cada uno de sus individuos, conspirase contra la reina solamente porque no les perpetuó en el poder. Y sin embargo, es lo cierto que se declararon en rebeldía contra la opinion del general O'Donnell, y al espirar este, cuando todavía humeaban sus cenizas, solicitaron el apoyo de los progresistas y constituyeron juntas revolucionarias y cerraron un pacto con el duque de Montpensier, con el hombre que en 1854 decia á su cuñada, la entonces reina doña Isabel II, que si él hubiera mandado en España no hubiese levantado la cabeza el partido liberal; con el hombre que elogió la *firmeza de carácter* de O'Donnell con motivo de los desgraciados sucesos de Junio de 1866, y despues llevó á mal que el héroe de Africa se negase á entrar en la conspiracion fraguada, negacion que este fundaba en que el 22 de Junio los sublevados tanto atacaron al gobierno como á la reina, y en que él no hizo otra cosa que cumplir con sus deberes, por más que la reina hubiera olvidado al poco tiempo su lealtad; con el hombre que presenta como justificante de su amor á la libertad el que el gobierno no le permitiera conspirar contra la reina, no á nombre de un partido, no á nombre de una idea, sino en beneficio propio, con una aspiracion pura y exclusivamente personal.

Los trabajos revolucionarios organizados despues de la muerte de O'Donnell, no dieron inmediato resultado; porque para ello se necesitaba contar con el ejército, y era presidente del Consejo de ministros el general Narvaez, que con su influencia y prestigio hacia difícil una rebelion militar. Pero felizmente para los revolucionarios, el 23 de Abril de 1868 falleció el duque de Valencia, el jefe de un partido que ha gobernado muchos años con el decidido apoyo de la Corona y de las clases conservadoras.

No es la primera vez que nos ocupamos de este desgraciado acontecimiento, que dejó huérfano al partido moderado en ocasion en que tenia que luchar con dos bandos poderosos, declarados en abierta hostilidad contra el trono.

El partido moderado perdió el brazo poderoso que en los momentos supremos le retenia unido y compacto; la enérgica voluntad ante la cual se allanaban todos los obstáculos; el jefe que disciplinaba y mantenía en la obediencia con su vigoroso espíritu las inquietas y vanidosas aspiraciones de sus numerosos amigos y parciales. Su muerte ofreció marcadísima influencia en la marcha de los sucesos: los grandes caudales, antes en circulacion, empezaron á retirarse; el espíritu de empresa se amortiguó; la industria y el comercio se resistieron, y la calma de la desconfianza sustituyó á la actividad del crédito. Estas circunstancias, bien desgraciadas por cierto, unidas á las del estado general de Europa, eran bastantes para crear una situacion difícil; pero las tintas del cuadro se recargaban y oscurecian con la pérdida de las cosechas, que empobrecian á los pueblos, y con la falta de trabajo, que aumentando la triste condicion del proletariado, hacia temible una crisis social.

En el órden político no era más bonancible la situacion del país. La familia real, herida en su dignidad por periódicos de dentro y fuera de España, acababa de sufrir el ridículo en que, por un exceso de celo, la puso el ministro de Estado, Sr. Calonge, dirigiendo una circular á nuestros representantes en el extranjero dando patente de virtud á su soberana. Este hecho fué explotado, segun á sus planes convenia, por los revolucionarios que minaban el trono, los cuales dieron nuevo y poderoso impulso á sus trabajos al desaparecer de la escena el general Narvaez.

No fué en verdad muy acertada la eleccion de la persona encargada por la reina de romper el oleaje revolucionario, pues ni las circunstancias eran á propósito para que un hombre civil estuviera al frente del ministerio, ni tenia D. Luis Gonzalez Brabo el prestigio necesario para armonizar las tendencias y aspiraciones de las diversas fracciones en que se hallaba dividido el partido moderado. No dejaba de ofrecer dificultades la formacion del nuevo gabinete, que debia llenar la mision de apoyar el matrimonio de la infanta doña Isabel con el conde de Girgenti, al cual se habia opuesto el duque de Valencia. Varios personajes, entre ellos el teniente general D. José de la Concha, habian aconsejado á la reina que nombrara presidente del Consejo al Sr. Gonzalez Brabo, contra la opinion de algunos que opinaban debia confiarse este puesto al Sr. Arrazola, no faltando quien con más acierto creia conveniente se eligiera á un militar.

Triunfaron los defensores del ministro de la Gobernacion, y el ministerio quedó constituido en la

forma siguiente: Gonzalez Brabo, Gobernacion con la presidencia; Mayalde, Guerra; Orovio, Hacienda; Catalina, Fomento; marqués de Roncali, Gracia y Justicia; Marfori, Ultramar, y poco despues en Marina el Sr. Belda.

Este ministerio ofreció ser el reflejo de la política seguida por el duque de Valencia; pero carecia de fuerza en la opinion, de crédito en su mismo partido y de influencia en el ejército. Así debieron conocerlo los nuevos consejeros de la Corona; pero en vez de abandonar sus puestos, en los cuales nada podian hacer conveniente al país, para dar entrada á hombres de mayores elementos y de más probado prestigio, se propusieron sostenerse á toda costa en el poder.

El sistema que adoptaron para lograr sus fines, puede dividirse en dos partes: halagar á los hombres de su comunión política, y vigilar á los que militaban en distintos bandos.

Los generales Concha y Pavia fueron nombrados capitanes generales de ejército. La inoportuna concesion de estas dos altas dignidades; el favoritismo desplegado en favor de hombres de escasa significacion, y el abuso que se hizo de las facultades del poder en todos los departamentos de la administracion pública en cambio de un apoyo incondicional, no eran otra cosa que los mismos medios de que siempre se han valido y se siguen valiendo todos los ministerios para gobernar sin embarazo, y apenas por ello nos atrevemos á condenar al ministerio Gonzalez Brabo-Catalina; pero á estas prodigalidades siguieron algunos hechos que desventuradamente pusieron de relieve la profunda perturbacion que existia en el seno del gabinete.

La reina nombró intendente de palacio á D. Carlos Marfori, ministro de Ultramar. En su lugar entró el Sr. Rubí, aplaudido poeta dramático y hombre más práctico que entendido en administracion; su elevacion moral estaba á la altura de sus laureles literarios, pero como hombre político se hallaba al nivel de esas medianías para quienes suelen estar cerradas las puertas del poder; no valian más, en su mayor parte, sus demás compañeros de gabinete; pero aquel nombramiento significó en la opinion pública que el presidente del ministerio queria á su lado dóciles amigos á quienes imponer su pensamiento.

El desconcierto gubernamental se hizo notable; fué del dominio público que el ministerio no tenia fuerza para dominar la situacion, y los hombres de órden creian necesario un gabinete presidido por un general de prestigio. Se afirmaba que el ejército estaba des-

contento y que la marina era hostil al ministro que dirigia este importante departamento. Un conflicto ocurrido entre las autoridades de Barcelona justificó estos rumores. El capitán general, marqués de Novalliches, suspendió al gobernador civil por haber este combatido medidas del jefe militar, y el ministro de Marina pedia la separacion del capitán general porque el gobernador civil habia obrado con arreglo á las órdenes del presidente del Consejo. El conflicto se salvó siendo trasladadas á otros puntos ambas autoridades, pero semilla fué este hecho de discordia entre el elemento civil y el militar; el presidente del Consejo parecia querer enajenarse las simpatías del ejército; cuyo apoyo era por desgracia cual nunca necesario; y esto debia conocerlo el Sr. Gonzalez Brabo, pues sabia que se conspiraba y que en la conspiracion estaban comprometidos muchos militares, algunos de ellos de alta categoría y de gran influencia.

A la vez que el gobierno sostenia luchas dentro de la misma situacion, se dedicaba á desconcertar los planes de los revolucionarios.

El 13 de Mayo tuvieron lugar los desposorios de la infanta doña Isabel, hija de la reina, con el infante napolitano conde de Girgenti. El mismo dia adquirió el gobierno pruebas de la existencia de un club progresista que debia reunirse antes del 15 para acordar el momento y la forma de un movimiento formidable contra las instituciones á la sazón existentes: se hicieron algunas prisiones y se intentaron otras sin éxito. Nuevas noticias recibió el gobierno á los pocos dias, y nuevas prisiones se hicieron, sin que por esto dejaran de seguir funcionando los clubs revolucionarios y preparándose la coalicion entre la union liberal, con escasas excepciones, los progresistas, con reserva de algunos partidarios de Espartero y de los pocos que, sin dejar de llamarse progresistas, seguian siendo dinásticos, y varios individuos del partido democrático.

Por fin la conciliacion se hizo. Habia dado principio por un acuerdo adoptado, á los pocos dias del entierro del duque de Tetuan, por D. Manuel Cantero en nombre de Prim y otros progresistas de una parte, y de la otra el general Dulce, que estaba autorizado por otros individuos de union liberal. El compromiso contraido era de colocar la corona de Isabel II en las sienes de su hermana doña María Luisa Fernanda; pero este proyecto ofrecia gravísimos inconvenientes. Fué el primero la negativa de la infanta á quien se pretendia elevar al trono: este obstáculo se salvó ofreciéndose el duque de Montpensier á hacer desde el trono la felicidad del país, en cuyo caso los escrú-

pulos de la mujer tenian que ceder ante los deberes de la esposa, que no podia oponerse á que el marido administrase sus bienes, y decimos administrase, porque el duque de Montpensier ofreció sus tesoros para el negocio de ser proclamado rey, aunque para ello hubiese de cometer un acto de ingratitud sin ejemplo, un parricidio político. Fué otro obstáculo el haber de antemano contraido muchos hombres importantes del partido progresista el compromiso de ofrecer el trono á la casa de Braganza con objeto de facilitar la unidad ibérica: de modo que el proyecto Cantero-Dulce fracasó por completo, y si bien al terminar el mes de Junio la coalicion entre los dos partidos más rivales que en España existian era un hecho, y los coaligados preparaban los medios de combate, el pacto revolucionario era solo para destruir, sin que nada se hubiese acordado respecto de edificar.

En la noche del 6 de Julio de 1868, el gobierno supo que la lucha iba á empezar, y que entre otros conspiradores figuraba el duque de Montpensier. Se reunió el Consejo de ministros y acordó que al dia siguiente fueran desterrados de Madrid los generales duque de la Torre, Dulce, Zabala, Serrano Bedoya, Córdova, Caballero de Rodas y el brigadier Letona: mandó tambien vigilar y prender á otras personas conocidamente comprometidas en la insurreccion proyectada, y dispuso que á los pocos dias saliera de España el poderoso revolucionario orleanista. El gobierno no merece censuras por haber cortado los hilos revolucionarios: hizo lo ménos que hacer podia por cumplir con sus deberes. No se concibe una autoridad constituida, sean cuales fueren los principios que presente, que hubiese obrado con más lenidad. Pero las medidas gubernativas deben tener un objeto, una aspiracion concreta: de otro modo no se explican sino como caprichos del poder ó vanos alardes de fuerza. La disposicion adoptada con los generales que iban á sublevarse debia tender á evitar el movimiento revolucionario, y no era el mejor medio de lograrlo el enviarlos juntos, para que mejor pudieran entenderse, á Canarias, á un país cuyos habitantes se distinguen por el cariñoso interés con que practican la hospitalidad, y en el que la union liberal tenia muchos amigos y habia echado hondas raices. Así fué que vino la Revolucion del mismo punto á donde para evitarla se habia mandado á los principales revolucionarios.

Para la mejor inteligencia de los hechos que vamos á relatar, conviene poner de manifiesto cuál era la actitud de los partidos al ser desterrados los generales y el duque de Montpensier.

La mayoría de la union liberal y la mayoría del partido progresista habian celebrado un pacto para trabajar de consuno á fin de pronunciar al país y convocar Córtes Constituyentes, en las cuales resignaria la reina sus prerrogativas y á cuyo fallo debian todos someterse. Entre los individuos de la coalicion pertenecientes á la union liberal habia algunos, muy pocos, que opinaban fuera elegido rey el principe de Asturias, pero que sin embargo estaban dispuestos á subordinarse á las decisiones del partido; los demás, es decir, la mayor parte de los unionistas, habian aceptado los recursos del duque de Montpensier y obligádose á echar el peso de su influencia para que este ciñera la corona de España, despues de decretada por las Córtes la monarquía como forma de gobierno, en lo cual creian no pudiera haber duda. Los progresistas coaligados debian influir para que en las Córtes hubiera una mayoría monárquica, pero terminando aquí el pacto convenido, estaban decididos, y á ello se habian obligado en una reunion celebrada en Paris, á ofrecer la corona á la casa reinante de Portugal; habia, sin embargo, algunos, muy pocos, que creian única solu-

cion progresista el entronizamiento del general Espartero.

Habia además varios unionistas que seguian siendo dinásticos y no tomaron parte alguna en la Revolucion. Habia tambien algunos progresistas que seguian siendo dinásticos y con la mayor parte de los cuales ya no contaba el partido hacia bastantes años.

Respecto del partido democrático, algunos de sus individuos entraron en la coalicion y ofrecieron someterse á la voluntad de las Córtes soberanas y aceptar la solucion monárquica, si en esta institucion se encarnaban las ideas democráticas; mientras que otros, la mayor parte, ayudaban á la Revolucion sin compromisos ulteriores.

La Revolucion se presentaba formidable, pero los elementos con que contaba eran heterogéneos; habia una lucha de aspiraciones inconciliables, y separaban á los partidos coaligados ódios inextinguibles. Puede decirse que se habian suspendido las hostilidades entre unionistas y progresistas por el tiempo necesario para batir al enemigo comun, contra el cual no podian luchar aisladamente sin exponerse á una derrota segura.

PARTE TERCERA.

LA REVOLUCION VICTORIOSA.

I.

Para llevar á término feliz los proyectos revolucionarios se hacia preciso contar con militares de alta graduacion que tuvieran mando activo, y pudieran, abusando de la confianza en ellos depositada por el gobierno, arrastrar á las fuerzas de su mando, como base de las operaciones.

El brigadier de marina D. Juan Bautista Topete, comandante del puerto de Cádiz, se unió á los revolucionarios, si bien luchó largo tiempo antes de decidirse á que la rebelion tomara carácter antidinástico.

El general D. Rafael Izquierdo se puso incondicionalmente á las órdenes de la union liberal desde el momento en que fué nombrado segundo cabo de la capitania general de Andalucía; ó mejor dicho, se hizo cargo de este destino, no para servir al gobierno que le nombraba, sino para hacer uso, en contra del gobierno, de los elementos de accion que este ponía á su servicio.

Conducta es la de estos señores que está juzgada con solo referirla. Si obraron en interés de la patria, triste es en verdad que se hayan visto precisados á valerse de medios que solo la pasion política ó las conveniencias de partido pueden aprobar.

Hemos nombrado á los Sres. Topete é Izquierdo porque á ellos es debido principalmente el triunfo de la revolucion.

Presentemos los sucesos con el firme propósito de ser verídicos al relatarlos.

Cuando el 11 de Julio se hizo á la mar en el puerto de Cádiz el vapor *Vulcano*, que conducía á los generales deportados á Canarias, ya estaba concertado el movimiento, si bien el brigadier Topete no queria que este fuese otra cosa que la segunda edicion del pronunciamiento de 1834. Era el alma de la Revolucion D. Adelardo Lopez de Ayala, laureado poeta y hombre de ideas conservadoras, afiliado entonces á la union liberal y sériamente comprometido con el duque de Montpensier, cuya candidatura para el trono de España patrocinaba con fervoroso entusiasmo.

Algunos jefes y oficiales de la armada estaban comprometidos, siendo uno de ellos el comandante de la fragata *Zaragoza*, Sr. Malcampo, quien habiendo recibido orden de salir para Lequeitio el 9 de Agosto con motivo del viaje de verano acordado por la reina, vió en el cumplimiento de este mandato un obstáculo á sus proyectos; quiso hacer el movimiento insurreccional aquella misma noche, pero las reflexiones del brigadier Topete, que siendo el jefe de la sublevacion de la marina, necesitaba obrar de acuerdo con los demás comprometidos, le hicieron desistir de su propósito. La fragata *Zaragoza* emprendió su viaje para las costas cantábricas, sin que el gobierno sospechara que la tripulacion, con su comandante á la cabeza, iba á combatirle, saliéndose para ello del ter-

reno legal. Nosotros comprendemos la crítica situación en que se hallaría el Sr. Malcampo cuando á los pocos días de su llegada á Lequeitio recibió, á bordo del buque que mandaba, á la reina, que tantas demostraciones de aprecio le prodigó, creyendo ver en él uno de sus más leales defensores.

Entre tanto los generales desterrados en Canarias se preparaban á venir á España, aguardando con ansia el momento en que se presentase el buque que el Sr. Ayala ofreció enviarles con la oportunidad necesaria para que pudiesen arribar á Cádiz al mismo tiempo que el general Prim.

Llegó el 17 de Setiembre. En Cádiz era público que de un momento á otro la escuadra recibiría con aclamaciones de adhesión al general Serrano y sus compañeros de deportación, que traían preparado un movimiento revolucionario organizado de tal modo que estallase simultáneamente en toda España. El gobernador civil, á quien todos procuraban ocultar el estado de los ánimos, no creía el peligro tan inminente; pero al anoecer del expresado día aquella autoridad adquirió la evidencia de que la marina se iba á declarar en rebelión, y después de dar parte al gobierno y de ponerse de acuerdo con el jefe militar de la plaza, envió un emisario al Sr. Topete, que se hallaba á la sazón en el Casino, rogándole se sirviera pasar por su despacho con objeto de tener una amistosa conferencia. El comandante del puerto contestó que el gobernador podía trasladarse á bordo de la fragata *Zaragoza*, que había regresado ya á Cádiz, donde le esperaría, y en el acto se dirigió al puerto con dos amigos que le acompañaban: pocas horas después el brigadier Topete dirigía al vecindario de Cádiz una proclama que tenía de antemano escrita para publicarla en el momento oportuno.

Héla aquí, literalmente copiada:

«GADITANOS: Un marino que os debe señaladas distinciones, y entre ellas la de haber llevado vuestra representación al Parlamento, os dirige su voz para explicaros un gravísimo suceso. Este es la actitud de la marina para con el malhadado gobierno que rige los destinos de la nación.

»No esperéis de mi pluma bellezas. Preparaos á oír verdades. Nuestro desventurado país yace sometido años hace en la más horrible dictadura; nuestra ley fundamental rasgada; los derechos del ciudadano escarnecidos; la representación nacional ficticiamente creada; los lazos que deben ligar al pueblo con el trono y formar la monarquía constitucional, completamente rotos.

»No es preciso proclamar estas verdades; están en la conciencia de todos.

»En otro caso os recordaría el derecho de legislar,

que el gobierno por sí solo ha ejercido, agravándolo con el cinismo de proponer aprobaciones posteriores de las mal llamadas Córtes, sin permitir las siquiera discusión sobre cada uno de los decretos que en conjunto los presentaba, pues hasta del servilismo de sus secuaces desconfiaba en el exámen de sus actos.

»Que mis palabras no son exageradas, lo dicen las leyes administrativas, la del orden público y la de imprenta.

»Con otro fin, el de presentaros una que sea la absoluta negación de toda doctrina liberal, os cito la de instrucción pública.

»Pasando del orden público al económico, recientes están las emisiones, los empréstitos, la agravación de todas las contribuciones. ¿Cuál ha sido su inversión? La conocéis y la deplora como vosotros la marina de guerra, apoyo de la mercante y seguridad del comercio. Cuerpo proclamado poco há gloria del país, y que ahora mira sus arsenales desiertos, la miseria de sus operarios, la postergación de sus individuos todos, y en tan triste cuadro, un vivo retrato de la moralidad del gobierno.

»Males de tanta gravedad exigen remedios análogos: desgraciadamente los legales están vedados: forzoso es, por tanto, apelar á los supremos, á los héroicos.

»Hé aquí la razón de la marina en su misma actitud: una de las dos partes de su juramento está violada con mengua de la otra: salir á la defensa de ambas, no solo es lícito, sino obligatorio.

»Expuestos los motivos de mi proceder y del de mis compañeros, os diré nuestras aspiraciones.

»Aspiramos á que los poderes legítimos, pueblo y trono, funcionen en la órbita que la Constitución les señale, restableciendo la armonía ya extinguida, el lazo ya roto entre ellos.

»Aspiramos á que las Córtes Constituyentes, aplicando su leal saber y aprovechando lecciones, hartamente repetidas, de una funesta experiencia, acuerden cuanto conduzca al restablecimiento de la verdadera monarquía constitucional.

»Aspiramos á que los derechos del ciudadano sean profundamente respetados por los gobiernos, reconociéndoles las cualidades de *sagrados* que en sí tienen.

»Aspiramos á que la Hacienda se rija *moral* é ilustradamente, modificando gravámenes, extinguiendo restricciones, dando amplitud al ejercicio de toda industria lícita y ancho campo á la actividad individual y al talento.

»Estas son concretamente expuestas mis aspiraciones y las de mis compañeros. ¿Os asociáis á ellas sin distinción de partidos, olvidando pequeñas diferencias que son dañosas para el país? Obrando así labraremos la felicidad de la patria.

»¿No hay posibilidad de obtener el concurso de todos? Pues haga el bien el que para ello tenga fuerza.

»Nuestros propósitos no se derivan de afecciones especiales á partido determinado: á ninguno pertenecemos; les reconocemos á todos buen deseo, puesto que á todos les suponemos impulsados por el

bien de la patria, y esta es precisamente la bandera que la nacion enarbola.

»Nadie recele que este hecho revele alejamiento para con otros cuerpos ni deseos de ventaja: si modestos marinos nos lanzamos hoy colocándonos en puestos que á otros más autorizados correspondia, lo hacemos obedeciendo á apremiantes motivos: vengan en nuestro auxilio, tomen en sus manos la bandera izada los demás cuerpos militares, los hombres de Estado, el pueblo, á todos pedimos una sola cosa: *plaza de honor en el combate* para defender el pabellon hasta *fljarlo*; esta y la satisfaccion de nuestras conciencias son las únicas recompensas á que aspiramos.

»Como á los grandes sacudimientos suelen acompañar catástrofes que empañan su brillo, con ventaja cierta de los enemigos, creo con mis compañeros hacer un servicio á la causa liberal presentándonos á defenderla conteniendo todo exceso. Libertad sin orden ni respeto á las personas y á las cosas, no se concibe. Correspondo, gaditanos, á vuestro afecto colocándome á vanguardia en la lucha que hoy empieza y sostendreis con vuestro reconocido denuedo.

»Os pago explicándoos mi conducta, su razon y su fin; á vosotros me dirijo únicamente; hablen al país los que para ello tengan títulos.

»Bahía de Cádiz, á bordo de la *Zaragoza*, 17 de Setiembre de 1868.—JUAN BAUTISTA TOPETE.»

Como se ve, esta proclama ni era antidinástica ni levantaba bandera alguna política: era simplemente una protesta armada contra los actos del gobierno, era un llamamiento al país para obligar á la reina á que sustituyera con otro el ministerio presidido por D. Luis Gonzalez Brabo. Gráve era sin embargo la actitud que tomaban algunos individuos de la marina, pronunciándose contra el gobierno constituido, sin haber acudido antes á la vía legal, ó al menos haberlo intentado, como único medio de probar que estaban *vedados los medios legales*; y hemos dicho que fueron algunos individuos de la marina los que se pronunciaron, porque esperamos demostrar más adelante que la inmensa mayoría de la armada española no ha tomado parte en aquella insurreccion.

En la misma noche se unió al brigadier Topete el general Prim, que habia llegado en un buque inglés como criado de los condes de Barck, y á su vez hizo un llamamiento al país publicando la siguiente alocucion:

«ESPAÑOLES: ¡A las armas, ciudadanos, á las armas!

»¡Basta ya de sufrimiento!

»La paciencia de los pueblos tiene su límite en la degradacion, y la nacion española, que si á veces ha sido infortunada no ha dejado nunca de ser grande, no puede continuar llorando resignadamente sus prolongados males sin caer en el envilecimiento.

»Principios bastante liberales para satisfacer las necesidades del presente, y hombres bastante sensatos para presentir y respetar las aspiraciones del porvenir, hubieran podido conseguir fácilmente sin sacudidas violentas la trasformacion de nuestro país; pero la persistencia en la arbitrariedad, la obstinacion en el mal y el ahinco en la inmoralidad, que, descendiendo desde la cumbre, empieza á infiltrarse ya en la organizacion de la sociedad, despues de haber emponzoñado la gobernacion del Estado, convirtiendo la administracion en granjería, la política en mercado y la justicia en escabel de asombrosos encumbramientos, han hecho desgraciadamente tardías é imposibles tan saludables concesiones, y han acumulado la tempestad que, al desgajarse hoy, arrastrará en sus corrientes los diques que han sido hasta aquí obstáculos insuperables á la marcha lenta, pero progresiva, que constituye la vida de los pueblos, y que han aislado á la España en el movimiento general de las naciones civilizadas del globo.

»¡A las armas, ciudadanos, á las armas!

»¡Que el grito de guerra sea hoy el solo grito de todos los buenos españoles!

»¡Que los liberales todos borren, durante la batalla, sus antiguas diferencias, haciendo en aras de la patria el sacrificio de dolores y recuerdos!

»¡Que no haya, en fin, dentro de la gran comunión liberal más que un solo propósito: *la lucha*; un solo objeto: *la victoria*; una sola bandera: *la regeneracion de la patria*!

»Destruir en medio del estruendo los obstáculos que sistemáticamente se oponen á la prosperidad de los pueblos, es la mision de las revoluciones armadas; pero edificar en medio de la calma y de la reflexion, es el fin que deben proponerse las naciones que quieren conquistar con su valor su soberanía, y saben hacerse dignas de ella conservándola con su prudencia. Destruyamos, pues, súbitamente lo que el tiempo y el progreso debieron paso á paso transformar; pero sin aventurar por de pronto soluciones que eventuales circunstancias pueden hacer irrealizables en el porvenir, y sin prejuzgar cuestiones que, debilitando la accion del combate, menoscabarian la soberanía de la nacion. Y cuando la calma renazca y la reflexion sustituya á la fuerza, los partidos podrán desplegar sin peligro su bandera, y el pueblo, en uso de su soberanía, podrá constituirse como lo juzgue conveniente, buscando para ello en el sufragio universal todas las garantías que á la conquista de sus libertades y al goce de sus derechos crea necesarias.

»Los generales Serrano y Dulce debian hallarse como yo entre los ilustres marinos que, impulsados por el bien de la patria, han iniciado el movimiento al frente de la escuadra nacional; pero un incidente de mar sin duda ha retrasado, á pesar suyo y con sentimiento mio, su llegada. Os hablo, pues, no solo en mi nombre, sino en nombre de tan distinguidos generales.

»¡Españoles, militares y paisanos, la patria necesita de vuestros esfuerzos! No desoigais el grito de la patria, voz doliente del sufrimiento de nuestros

padres, de nuestras esposas, de nuestros hijos y de nuestros hermanos. Corramos presurosos al combate, sin reparar en las armas de que podamos disponer, que todas son buenas cuando la honra de la patria las impulsa, y conquistemos de nuevo nuestras escarnecidas libertades; recuperemos la proverbial altivez de nuestro antiguo carácter; alcancemos otra vez la estimacion y respeto de las naciones extranjeras, y volvamos, en fin, á ser dignos hijos de la noble España.

»Españoles: ¡viva la libertad! ¡viva la soberanía nacional!

»Bahía de Cádiz, á bordo de la fragata de guerra *Zaragoza*, 18 de Setiembre de 1868.—JUAN PRIM.»

La anterior proclama es ya un poco más explícita, si bien todavía no se dice nada en ella de destronar á Isabel II ni ménos de echar abajo la dinastía de los Borbones: parece indicarse que la reina tenia algo de culpa en los males de la patria, pero como temiendo á la misma Revolucion que se iniciaba, se dice con prudente prevision que es necesario *destruir sin aventurar por de pronto soluciones, que eventuales circunstancias podian hacer irrealizables en el porvenir y sin prejuzgar cuestiones que debilitasen la accion del combate.*

La ciudad de Cádiz respondió al llamamiento del general Prim y al del brigadier Topete, pronunciándose con casi toda la guarnicion, habiéndose resistido la artillería, que hubiera hecho armas contra los sublevados sin los consejos del brigadier militar Sr. Bouligni, que creía inútil la lucha. La artillería no quiso pronunciarse, y eso que fué arengada primero por el general Prim y despues por el duque de la Torre, habiendo contestado los oficiales que lo único que podian hacer era permanecer neutrales y declararse, si era preciso, prisioneros de guerra. Verdad es que despues siguieron á los generales que mandaban en Andalucía, pero no era como sublevados, sino como militares que no tenian otros jefes ni veian gobierno ni autoridades con más legitimidad. Hoy mismo, despues de haber trascurrido más de un año, muchos oficiales no admiten género alguno de solidaridad con la Revolucion por más que obedezcan al gobierno constituido en el concepto de tal gobierno, y cumpliendo de este modo con los deberes que la ordenanza les impone.

Mientras esto ocurría, el coronel Búrgos, con algunos carabineros y paisanos, se pronunciaba sin oposicion en la isla de San Fernando.

Los Sres. Bouligni y Belmonte, gobernadores militar y político de Cádiz, salieron sin obstáculo alguno para Gibraltar, y la Revolucion quedó triunfante en toda la provincia. Esto sucedía el 18 de Setiembre: al

dia siguiente llegaron á Cádiz en el vapor *Buenaventura*, al mando de su capitán D. Ramon Lagier (1), los generales desterrados en Canarias, á excepcion de D. Domingo Dulce, que no habia podido embarcarse por hallarse enfermo. La entrevista que estos generales tuvieron con los Sres. Prim y Topete produjo una nueva proclama, que creemos de muchísima importancia, por lo cual nos parece oportuno copiarla á continuacion:

«ESPAÑOLES: La ciudad de Cádiz, puesta en armas con toda su provincia, con la armada anclada en su puerto, y todo el departamento marítimo de la Carraca, declara solemnemente que niega su obediencia al gobierno de Madrid, segura de que es leal intérprete de todos los ciudadanos que en el dilatado ejercicio de la paciencia no hayan perdido el sentimiento de la dignidad, y resuelta á no deponer las armas hasta que la nacion recobre su soberanía, manifieste su voluntad y se cumpla.

»¿Habrà algun español tan ajeno á las desventuras de su país que nos pregunte las causas de tan grave acontecimiento?

»Si hiciéramos un exámen prolijo de nuestros agravios, más difícil seria justificar á los ojos del mundo y de la historia la mansedumbre con que los

(1) La reseña de esta arriesgada expedicion la ha referido con todos sus detalles el capitán D. Ramon Lagier, de quien tomamos algunas noticias. El dia 8 de Setiembre salió con su buque del puerto de Cádiz, sin manifestar el objeto de su viaje á sus oficiales y tripulantes, que extrañaron no siguiera el buque en direccion á Marruecos, para donde estaba despachado. En la tarde, del 11, al llegar á la isla de Tenerife, el capitán Lagier llamó á sus pilotos y les confió el verdadero objeto del viaje, sometiéndose todos con gusto á su voluntad. A las diez de la noche se presentó el barco en las aguas del puerto de Orotava, y al amanecer del 12 se aproximó al pueblo: una pequeña lancha salió á recibir al capitán Lagier, y se le anunció que hasta el 14 á media noche no podian embarcarse los generales porque hasta entonces no llegaria el general Serrano Bedoya.

«Esta ocurrencia—dice el capitán Lagier—me puso en grave apuro, pues yo no tenia provisiones para estar tantos dias en el mar: salí, sin embargo, para afuera y determiné irme al puerto de San Sebastian, en la isla de la Gomera, donde fondeé so pretexto de una avería, y el alcalde, sin comunicar yo con tierra, me proporcionó pipas vacías para llenarlas y hacer más lastre; se compró una ternera y tres carneros vivos, pan, aceite y otras provisiones.

»El lunes 14, á las dos de la tarde, salí de la Gomera, y á las doce de la noche, hora convenida, me presenté en las aguas de la Orotava, pero con la grande oscuridad y la sombra que hace la inmensa base del pico de Teide, era muy difícil acertar al puerto. Me aproximé, pues, á tierra hasta el extremo de oír y ver los rompimientos del mar, sin poder hallar las barquillas que debian conducir á los importantes personajes que esperaba. Grande fué mi agitacion cuando sonó la una y media sin ver nada. El corazon se me salía del pecho al considerar el peligro que corrian los generales si no los hallaba. Por fin, allá, confundida entre el oscuro horizonte, vi una lucecita que la vista marinera me dijo era una embarcacion. Di máquina hácia ella y al poco rato oí las voces de los que venian en la lancha. La alegría que experimenté no se puede describir. Atracaron las lanchas, abracé al general duque de la Torre y se hizo el embarque sin novedad.»

Los deportados que se embarcaron en la Orotava fueron los generales duque de la Torre, Serrano Bedoya y Nouvilas. Al dia siguiente llegó el *Buenaventura* al puerto de las Palmas, donde con no ménos riesgo se embarcaron el general Caballero de Rodas y el Sr. Fernandez Vallin.